EDU REPTIL

PROVIDENCE

En veintinueve de septiembre de dos mil catorce.

Sobre Providence

Lem lo demostraba en su reseña-prólogo sobre Vacío perfecto, en la que hablaba de Vacío perfecto desde dentro de Vacío perfecto como si fuese esta una obra ficticia inserta en un libro homónimo y real. Mediante el acto de escribir, uno es capaz de crear nuevas dimensiones. De la misma manera en que un teseracto o hipercubo representado gráficamente sobre un papel existe ahí pero no tiene correlación física en el mundo tridimensional en que nos desenvolvemos, mucho de lo que he escrito hasta ahora no puedo encontrarlo fuera de la pantalla o de las hojas anotadas en mis libretas.

Creo que si empecé a crear historias breves como las que aquí se recogen fue buscando transformar cierta belleza efímera -como una idea- en algo permanente, la inmersión en determinados paisajes existenciales que intuyo o la recuperación de otros que han dejado una honda impresión en mí. A partir de esta materia prima -la transmutación, la aspiración, el recuerdo-, la ficción me ha posibilitado dotar a la experiencia mental inicial de una nueva forma que me agrada más.

Ocurre que esta vocación me da tanto oxígeno que ahora solo quiero dedicarme a escribir, pese a que muchas veces ciertas imposiciones y convenciones sociales -como garantizar tu subsistencia acumulando dinero- me obliguen a invertir horas y días en actividades frustrantes. Incluso con estas dificultades, creo firmemente que abandonar el camino ahora sería un grave error, aunque en ocasiones este camino me

lleve a estar como en la fantástica portada que ha diseñado mi buen amigo Héctor Merienda, casi hundido y con los brazos apuntando hacia el cielo invocando la acción de la providencia, la intervención de un Deus ex machina que resuelva el conflicto y permita así que siga el curso deseado de los acontecimientos.

En mi caso, esta providencia ha transmigrado recientemente de concepto a algo más vivo; y si es cierto que la vida es un fenómeno muy imprevisible, quiero conservar en este fanzine todo lo que estoy sintiendo desde hace medio año hasta hoy. No acostumbro a manifestarme de forma tan abierta, prefiero encarnarme en las voces entrecomilladas de mis relatos, pero es una ocasión especial y la coherencia me exige una exposición mayor. Providence es una época y es una persona; no sé hasta cuándo, no sé cómo. Pero aquí está.

Los relatos a continuación aparecen en orden cronológico; me resulta la manera más lógica de presentarlos. Así fueron viniendo a mí.

Incluyen comentarios relacionados con su creación. No pretendo destriparlos -de hecho, explicarlos en exceso es algo a lo que siempre me niego-, pero quiero compartir con quien lea Providence qué pulsiones me llevan a escribir. Cómo y por qué me lanzo a hacerlo.

Entre algunos de los relatos he añadido páginas de mis libretas; no guardan relación necesariamente con ellos. Nunca dejo que nadie lea los cuadernos que llevo a diario y a todas partes conmigo, pero como decía, esta es una ocasión especial, y esas hojas configuran también el mapa de mi proceso creativo. Empecemos.

Este relato nació de una conversación en la que se revelaron oscuridades como las que pueblan el pelo de quien por entonces me narraba la historia que fue el origen de 'Wanda'.

Los hechos que me contó exigían un tratamiento literario distinto al que estaba empleando por entonces. 'Wanda' fue la madre de este formato breve con el que me he sentido tan cómodo.

Wanda

A Wanda le entró el amor a su habitación muy suave por la ventana; el último había sido un huracán sin ojo en el que respirar tranquila y agradeció de este su olor a crema, sal y Sol; ese tipo de aromas que solo encuentra uno en verano y solo en algunos lugares y tiempos. Wanda casi queda atrapada en un relicario unos años atrás, casi se convierte en un canto a través de unos barrotes pero su pecho sobrevivió y el ciclón amainó como amainan siempre los ciclones y a punto estuvo de enamorarse de un amigo que se enamoró de una vietnamita y al que apalearon en Saigón; pero digo estuvo a punto porque a tiempo sacó de su bolsillo un retrato de su abuela que se marchó y entendió que siempre se puede huir porque habrá sitios mejores o no pero al menos bien distintos, eso seguro.

Luego Wanda recorrió mundo y su abuela que no volvía del todo, que parecía que siempre estaba a punto de desaparecer y a cada retorno era más Rosie the Riveter, esa mujer que mostraba su bíceps al grito de 'podemos hacerlo' en un cartel de la Westinghouse Electric; algo había en su abuela de guerra y de amuleto, por eso introdujo su retrato -que se lo dio su madre que vivía en Costa Rica porque allí nació- en una estructura de joya como conserva la gran historia que es la Tierra un insecto en ámbar aunque nosotros los pisemos y envenenemos; *exterminamos demasiadas cosas bonitas y valiosas en nuestra inmensa fragilidad*, decía Wanda.

Tal vez escuché la palabra 'atolón' la tarde anterior, no lo recuerdo. Lo que sí puedo decir es que repiqueteaba en mi cabeza aquel día y que necesitaba transportarme hasta uno de alguna manera. La figura del anciano apareció al sentarme a escribir. Lo único que tenía antes era un embarcadero y un atolón del que no sabía demasiado. Después fue surgiendo todo lo demás. El final no se terminó de dibujar hasta el último momento.

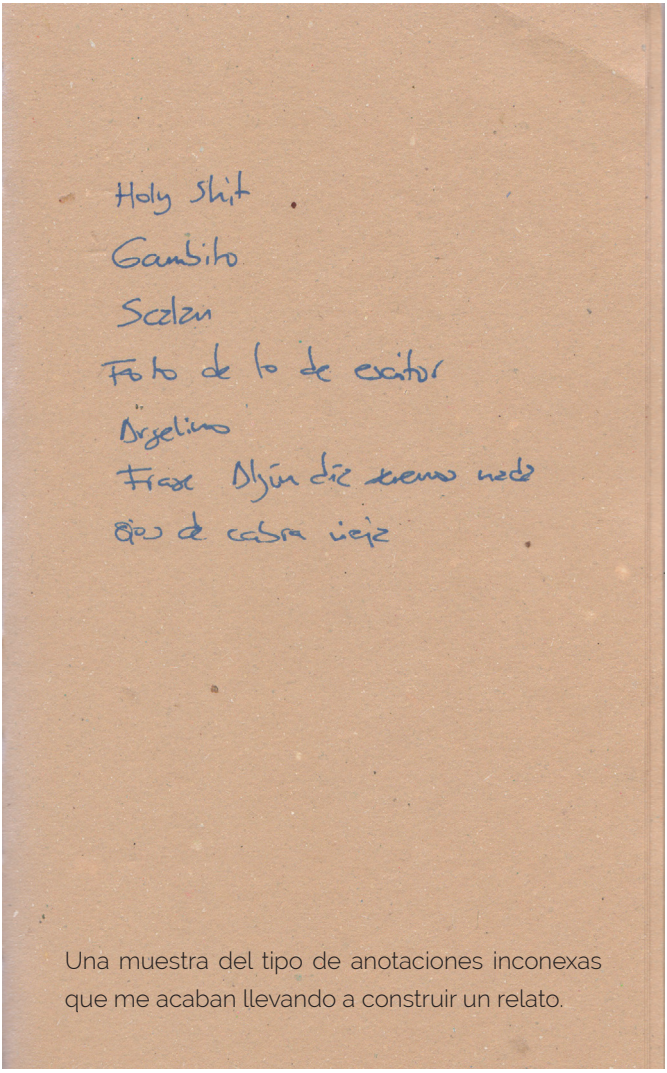
El pescador del atolón

El anciano prometió llevarlo al atolón de Hermanas con dos condiciones; la primera era que saldrían antes de las cuatro porque a las cuatro y treinta y siete de la mañana debían estar a una distancia de la costa que no especificó; la segunda, que durante el trayecto le tendría que facilitar una buena historia que poder contar luego en el embarcadero en que se conocieron. El viejo contaba historias a los recién llegados, y solo se le veía a partir del atardecer. El acuerdo le pareció justo, al fin y al cabo había sido a través de una historia de ese hombre por medio de la cual supo de la existencia de aquella isla de coral. Los lugareños le explicaron que los atolones se formaban cuando un arrecife crecía alrededor de una isla volcánica; llegado cierto punto, el interior de la isla se hundía formando una laguna como una pupila azul profundo, y el coral quedaba alrededor como un anillo o una corona o una boca abierta gritando al cielo.

Navegaron en una pequeña barca de madera a motor que emitía un quejido monótono que partía el estrellarse de las olas contra el casco. Recordó su pacto, se encendió un cigarro corto que le daba aspecto de embustero, y se sentó en la borda cerca del abuelo. El agua era un manto apacible, la pintura del nombre del bote -Teresa y Guadalupe- se había perdido en los intersticios entre la madera. *¿Sabes? Te he pedido que me lleves por aquello que dijiste acerca del atolón, que de él no se vuelve, que uno queda allá varado y nunca regresa en tu barca de vuelta; cuando ella se marchó yo regaba siempre las plantas, mi madre decía que había*

que regar siempre las plantas si las tenías, porque empiezan a morirse muy despacio y eso da mal fario y se van secando y entonces hasta el tejado se desmorona sobre tu cabeza. No sé tu nombre, viejo, pero el mío es Neftalí, y el último sitio donde me queda por buscar es en ese atolón tuyo. Allí tiene que estar. Ten en cuenta lo que te he dicho de las plantas, esa es mi historia. El anciano asintió, estiró un brazo y señaló al frente con un dedo como de cuero de salmón. A unos cien metros se dibujaba el perfil de la isla. Se aproximaron un poco más y el barquero apagó el motor. Estaba amaneciendo. *Bien, llegaré a nado.* Sin nada más que lo puesto y una pequeña bolsa de tela saltó al agua; la temperatura era agradable, braceó un poco y girándose una última vez -porque tenía la certeza de que había llegado a la última parada-, se dirigió al anciano:

Viejo, ¿por qué no te quedas? ¿Por qué siempre te vuelves a casa?
¿A casa, dices? No, joven; allá a tierra yo voy a pescar -contestó el anciano.



Una muestra del tipo de anotaciones inconexas que me acaban llevando a construir un relato.

Descubrir que existía un color llamado 'púrpura de abejas' me resultó algo fascinante. Estos insectos son capaces de percibir los rayos ultravioleta; parece ser que por esta razón, algunas flores que nosotros consideramos amarillas, son púrpura para ellas, El descubrimiento me estimuló y me llevó a querer introducirlo en un relato. Imaginé a dos personas; una le comentaba a la otra esta curiosidad cromática. La imagen del drone había sido concebida previamente.

Púrpura de abejas

Cuanto más tiempo pasaban juntos más salvajes se volvían; había pasado una semana y él tenía aspecto como de crooner atravesando una mala racha, ella de adivina selvática, eran un imperio de dos. Tardaron bien poco en encenderse y decidir que harían de aquel cuartito una nación, escuchaban Ligia Elena todo el tiempo, pretendían encontrar un lugar apartado psicotropical, una jungla en la que borrarse toda la ropa porque se les daba bien fugarse el uno en el otro. *¿Sabías que las abejas ven un color que nosotros no vemos? Se llama púrpura de abejas, aunque nosotros lo percibimos como amarillo*. De vez en cuando él hacía ese tipo de observaciones; en aquel momento ella sostenía una taza de café con la mano, tenía una larga melena parecida a esa cascada submarina de Isla Mauricio con la que se cubría el pecho. *Me gustaría ver el amanecer en los Andes sobre un drone con conciencia de sí mismo* -respondió antes de dar un sorbo a la taza. *Haría demasiado frío* -dijo él. Le gustaba ver cómo bebía café, un café tan americano como ella misma; a veces tenía la impresión de que el color oscuro de su piel se deslizaba fuera de sus contornos y atrapaba la luz de alrededor.

Si me concentro lo suficiente y repito mentalmente tu nombre, cuando empieza a perder sentido la palabra, entiendo cosas.
¿Qué cosas? -Le preguntó ella.
No lo sé -admitió-. *Solo funciona durante un instante*.

Te prometo que volaremos sobre los Andes, quiso decirle. Pero pensó que tal vez prometer era demasiado arriesgado porque en cualquier momento ella le tapaba la boca y entonces ya no había vuelos ni Andes ni drones, solo la penumbra de sus ojos a escasos centímetros de su cara inundándolo todo de años setenta y su pelo derramándose como un monzón.

En torno al doce de diciembre de 2013, volví a recordar mis sueños, probablemente coincidiendo con un tímido retorno al cannabis, si bien es cierto que antes me hacían el efecto contrario, o eso creí.

Utilicé esta libreta durante unos meses para dejar constancia de mi repentina capacidad para recordar lo soñado.

No suele ocurrirme así pero esta vez un personaje fue el detonante de un relato. De Negro Stuart supe primero su nombre y después que había fallecido. No me sentí demasiado cómodo con la idea de repetir la figura del insecto justo a continuación de 'Púrpura de abejas', pero la historia lo requería. Este es el resultado.

Negro Stuart

Se le llenó la casa de una multitud que venía a honrar la existencia extinta de Negro Stuart; lo cierto es que no lo conocía más allá de la convivencia que supieron mantener durante poco menos de un año, poco más que algunas conversaciones crepusculares en el jardín trasero de la casa, ese hogar colonial algo abandonado en el que ahora varias decenas de individuos a los que jamás había visto se reunían, y cada vez llegaban más. Negro Stuart había sido alguien importante en vida, de una manera que no alcanzaba a entender.

Dijeron que murió atacado por un insecto meridional, el *alma del Diablo*, un gigantesco artrópodo negro tocado con una corona azul cuyo batir de alas es siempre una nefasta señal para quien lo escucha; sin embargo, no se encontró marca alguna en el cuerpo del difunto, tampoco se volvió a saber del insecto nada. La historia de la muerte de Negro Stuart era de ese tipo de sucesos que despiertan en la comunidad cierta inquietud en primera instancia, pero que posteriormente se aceptan con naturalidad: con el paso de los días los vecinos vuelven a saludarse sin recelos, y los niños corren de nuevo en la misma calle, y todo queda reducido a un drama liviano que finalmente, se disuelve en el ácido del olvido colectivo. Así Negro Stuart pasaría a ser lo que fue -para él al menos- durante casi un año, un hombre común, un misterio discreto. *Como casi todos los hombres y las mujeres comunes son en realidad*, creyó.

El velatorio duró un par de jornadas durante las cuales la casa estuvo permanentemente custodiada por aquellas personas que le pidieron llevarse el cadáver para darle la sepultura que merecía, *en un lugar más apropiado para Stuart,* según le hicieron saber. No preguntó qué lugar era aquel, no frecuentaba los cementerios y además había algo suspendido en el ambiente, algo que casi podía respirar unido a cada molécula de oxígeno, que le llevaba a pensar que si no se interesó por él cuando vivo, mejor no hacerlo ahora una vez muerto. Dejó que la multitud se llevase su cuerpo, el cuerpo del pobre Negro Stuart, tan lívido. Aquellos nómadas se lo llevaron, aquel enjambre humano tapado con abrigos de luto que al agitarse por el viento al marchar se le antojaron unas terribles alas de insecto vibrando antes de levantar el vuelo.

A partir de este punto la providencia pasa a ser Providence.

Puedo decir que la obra 'Carver Country', en la que la fantástica prosa de Raymond Carver es acompañada de fotografías de los paisajes y personas que le acompañaron desde su infancia, me sirvió de excusa para contar una promesa.

Animales como nosotros

Más alla del East Heaven se extiende Carver Country donde dicen que los hombres se transforman y brillan como astros humanos intensos, debía ser verdad, cayó por allí un centenar de veces como de ella caía la ropa que no necesitaba; solo quería -ella- una túnica blanca o una sábana blanca como esas peonías blancas que tanto le gustaban y que no conseguía hacer crecer; recordaba cada una de las palabras que aquella mujer decía;

no paraba de tocarse los ojos -él-,

había algo en ellos, muy dentro en sus propios ojos desde que pasó por su lado como aquel superbólido de Cheliábinsk, ese meteorito quemó la piel de muchos rusos, tal vez allí llegó la noticia, rompió cristales y brilló treinta veces más que el Sol, acabó rajando una estatua de Pushkin. La tenía en sus ojos en un lugar tan árido como ese sonido de batir de cola de serpiente de cascabel que lo inundaba todo entonces; reservó una habitación en un motel de Louisiana fecha dieciocho de abril de dos mil quince para decirle que había vida más allá del East Heaven pero que nadie encontraría lectores como ellos, reflejos en espejos de cuerpos desnudos como ellos, animales caníbales como ellos con las bocas siempre abiertas listas para enseñar los dientes.

Más allá del East Heaven
tanto por decirle todavía.

There's something inside you
It's hard to explain
They're talking about you, boy
But you're still the same
-Kavinsky

'Nightcall', de Kavinsky, 'Breezeblocks' de Alt-J; dos canciones que puedo escuchar una vez tras otra sin cansarme. Ambas me traen a la mente la misma historia.

Nightcall

Hay un único lugar en la Tierra en el que se puede establecer contacto con lo que sea que exista más allá, mucho más allá que la última frontera del Supercúmulo de Virgo, es una habitación vacía, sé que es difícil de explicar; no he podido parar de escuchar en todo el día Nightcall, de Kavinsky, y he salido a reunirme con alguien y por el camino una mujer -creo que padecía de Tourette-, me gritaba que no quedaría nada de nosotros cuando nos arrojasen a la hoguera, y entonces ha empezado a llover, y casi atropellan a dos chicas en un cruce de esos ausentes de esta ciudad, y ha parado de llover, y se marchaban asustadas cuando me ha parecido que una de ellas era atractiva, había algo bello en su manera de alejarse; después he vuelto para darme una ducha y dejar correr todo lo que llevaba de día vivido arrastrado por el agua que se perdía por el sumidero y me he acordado de esa historia de aquellos muchachos a los que se llevó una corriente de agua hirviendo en unas enormes cañerías del subsuelo de algún país eslavo, bajaban simplemente para escuchar el rumor del torrente acercándose y salir corriendo de nuevo a la superficie pero no les dio tiempo.

Hoy ha ocurrido más de lo previsto,
hoy todavía no he pensado en ti.

Puede que con 'Heroin chic' terminase de definir el camino que quería seguir en esta etapa. He vuelto a él en muchas ocasiones de dispersión y pérdida de enfoque. Es mi faro.

Heroin chic

‘Lo jodidamente asombroso del arte es que el arte no es, el arte *nos parece*, no hay arte sin nosotros, ¿entiendes? Es decir, arte es sudor conservado al vacío si así alguien lo percibe, ella los martes desde una cristalera haciendo *jumping jacks*, una cúpula imposible en mitad del desierto delimitando el cielo nocturno chileno, la conjetura Taniyama-Shimura y las funciones modulares y su infinita simetría imposible de concebir, el maldito arcosaurio devorando a una bailarina de Helmut Newton o los hombres sagrados de Varanasi, especialmente estos últimos son arte; el síndrome de Stendhal lo experimento yo todos los días paseando por la calle, hay tanta belleza, tanta belleza; escúchame, he llegado a enamorarme varias veces simplemente en el trayecto hasta el mercado, he creído desvanecerme, ver difuminados mis límites como entidad individual superado por tanta belleza cotidiana, tanta pureza, tanta perfecta normalidad’.

Mi amigo Ruiz y yo hemos pasado muchas horas codo con codo en el Monster Paradise y en otros antros similares. Hemos dedicado infinidad de cervezas a tratar de entender mucho de lo que vivimos. Le dedico una de las historias que más he disfrutado contando.

Monster Paradise

‘Cuando acaba el amor, amigo, queda el amor, el amor no se acaba nunca para el que perdió el último asalto, es una guerra sin armisticio posible, si acaso alguna tregua, como la que me decías que sentías las horas posteriores a masturbarte pensando en ella; luego tu cuerpo depuraba la sensación y traía una nueva, a que sí, esa incertidumbre en la que no haces más que reflexionar en torno a cómo superar el amor tras el amor’.

Todos hablaban del Monster Paradise pero pocos llegaron a entrar durante los meses que permaneció abierto, allí casi vivía un tipo casi un teórico de la pérdida, parecía venir de lejos o haber vivido un par de siglos en los últimos años. ‘Hay que ir más allá del amor, el amor te destruye, te hace pedazos, ya lo decía Ian Curtis, te anula y te convierte en una herida ambulante, propongo un Frente de Liberación Pasional, un movimiento hacia el post-amor, una estúpida marcha a ninguna parte, carajo’.

El día que escribí este relato se unieron dos circunstancias; por una parte tenía la sensación real de ir más despacio que el resto, por otra, estaba admirando la obra del pintor Javier Palacios, en concreto sus entes. No sé bien cómo se produjo la asociación, pero el producto fue 'Alterplastik'.

Alterplastik

‘Hasta el ser más inmóvil y apático en este planeta se desplaza a una velocidad de más de mil quilómetros por hora rodando como una peonza si pensamos en cómo gira esta roca que en días como hoy me es tan ajena; si ampliamos la perspectiva, la velocidad sube a cien mil quilómetros por hora, y así podríamos seguir alejándonos y joder, ¿te das cuenta? Es muchísima velocidad; es tanta que por eso intento siempre ofrecer una mínima resistencia y echo los hombros hacia atrás y aunque el freno que aplico sea mínimo creo ver pasar a todo el mundo por delante, como si hubiese clavado el pedal en una autopista ante una colisión inminente. Pese a todo, algo de corazón me queda, y en otras ocasiones todavía sé pisar el acelerador a fondo,

porque algún día no seremos nada,
pero mientras, seremos tanto’.

Es aquí cuando por fin Providence se manifiesta como un personaje literario. También entra en escena Johnny Sambuca. Ambos van a aparecer desde entonces de forma recurrente.

Sexabillies

A nadie le sentaba mejor la vida que a Providence; esa chica tenía un don para existir, existía *mejor* que el resto.

Johnny Sambuca la observaba soltarse el pelo tumbado en la cama, todavía estaban agitados y acalorados, el aire en la habitación estaba repleto de jadeos, gemidos y algunos suspiros de dolor ocasionales que el ventilador se encargaba de mover junto a la humedad que de hecho, no se encontraba únicamente suspendida en el ambiente. Providence se acercó hasta que sus caras estuvieron separadas únicamente por la distancia que exigían sus pechos en contacto. 'Tu barba huele a sexo, Johnny'. Providence hacía eso a menudo, por eso le resultaba casi imposible no arrancarle la ropa en mitad de la calle o deslizarle una mano más allá de los límites Sur de sus vestidos a mediodía en un café o en una casa de apuestas de barrio; no importaba el momento. Providence siempre tenía la capacidad de transformarlo en una bestia o bien la bestia se había encargado él de sacarla al exterior para liberarse del dolor de ser humano, como aseguraba aquella cita.

Providence ha nacido para llevar vestidos -pensaba-. *Yo debo estar aquí entonces para quitárselos*. Y el sentido de la vida se le revelaba como algo no tan difícil de entender.

Todo lo que recordamos es susceptible de ser alterado; pensamos que la memoria nos devuelve hechos objetivos, eventos inmutables, pero la realidad es que reinterpretamos estas historias cada vez que las sacamos a la luz. Un recuerdo es uno y puede ser otro bien distinto en función de -por ejemplo- nuestro estado de ánimo. O al menos, a esa conclusión he llegado yo.

Providence

‘No voy a poder bañarme’. Providence le mostraba los dos dedos ahora manchados de sangre con los que acababa de efectuar la comprobación, allí en mitad del malecón, paralelos al mar, la imagen le resultaba tremendamente bella y natural; ella actuaba así, y él no entendía que a alguien le pudiese resultar desagradable. ‘No te preocupes. Nos quedamos fuera’. ‘Tú báñate’. ‘Está bien, lo haré’.

Mencionaba a menudo a su anterior pareja; reflexionó acerca de ello. ‘Su pasado más inmediato tuvo lugar con él, la mayoría de recuerdos que me cuenta se originaron en los últimos cinco años’. Concluyó que esta era definitivamente la causa y que era algo completamente normal, y allí seguía Providence con su rostro templado, rasgando un tejido de miradas ajenas al pasar, sus dos dedos manchados de sangre todavía.

‘¿Sabes que los recuerdos se almacenan en el hipocampo, y que *hipocampo* también es el nombre que recibe un caballito de mar?’. Ella sonrió como hacía siempre que él le ofrecía algún dato de estas características. ‘Si todo acaba, ¿qué recordarás y contarás de mí?’.

‘Tu olor’. Él pensó:
‘el nuestro’.

Alguien me dijo que esta historia podía resultar confusa. Mi intención era plasmar un paisaje humano del que formé parte al amanecer en un festival. Es cierto que puede que no todo el mundo comprenda la referencia de la amargura en un dedo en su sentido químico y literal; en cualquier caso, creo que el relato puede ofrecer varias lecturas.

Bitter Nation

‘Recuerda esto, hay nada como ser un nuevo desconocido de vez en cuando, nada como el sabor amargo de un dedo en tu boca que bien podría ser de hombre o de mujer -tanto da-, no hay sensación igual’. Se repetía esta letanía extática y se habría cauterizado la piel con ella para no olvidarla. ‘Es posible que en unas horas no recuerdes todos los detalles, aférrate al momento’. Johnny Sambuca se sentía desbordado por la belleza de todo aquello: la repentina fragilidad de la chica que se derramaba en la arena, las palabras preocupadas -‘¿Bet?’- de su compañero que se esforzaba en mantenerla consciente; la manera en que él tocaba su cara o le pasaba la mano por el pelo húmedo le parecían de una sensibilidad extraordinaria.

Llegó a ellos por voluntad de Providence, por ella estaba allí en aquella fiesta al amanecer y estuvo en aquellas noches anteriores y por Providence sentía aquel ‘déjalo salir, déjalo salir’, que a veces se esforzaba en contener; cierto que su situación admitía distintos puntos de vista, pero no entonces teñidos por aquella luz violácea, no entonces con aquella excitación permanente que no lograban sofocar los baños portátiles. ‘Dicen que a esto le echan antidepresivos, que por eso luego echas de menos a la gente’. Providence se recortaba contra la mañana con una expresión ausente que hacía tiempo que sabía interpretar. ‘Serán los antidepresivos’.

Y de nuevo un dedo de hombre o de mujer, y de nuevo el sabor amargo.

Escribí 'Hard-liners' todavía impresionado por la rudeza de Limónov, cuya vida había conocido en la novela homónima de Carrère, y también por el concepto de 'lo que hay que tener', eje principal de la novela-reportaje de Tom Wolfe sobre los primeros pasos de la carrera espacial. Debo reconocer que no sé muy bien qué opino acerca de todo lo que dice el sabio de coñac.

Hard-liners

‘Los más fuertes en la primera línea, sí señor, esos son los que a mí me gustan. ¿Sabes qué es la primera línea? Es ese punto frente al cual está el abismo, y detrás, la decadencia más espantosa. ¿Conoces la historia de esos dos adolescentes a los que acosaba un párroco de barrio, y para defenderse acabaron abusando ellos de él? ¡Lo violaron, joder! Unos putos críos que se sabían mover bien la primera línea’. El tipo escupía las palabras como si justo al decirlas le provocasen un gran rechazo; un tercer individuo asentía entusiasmado y el cielo en el embarcadero se volvía brumoso y creyó ver algún cormorán.

‘Hay que moverse a lo largo de la primera línea, del horizonte de sucesos, para ir encarando o esquivando lo que venga, como en esos juegos antiguos de recreativa, pero nunca cruzarla, a un lado o al otro. ¡*Ni Shagu Nazad*, como decían en el Ejército Rojo! ¡Ni un paso atrás! Pero tampoco hacia adelante, tampoco adelante’. En todas las zonas deprimidas existían sabios de coñac, predicadores con las mejillas coloradas y la mirada vidriosa. Si pasaba mañanas con ellos era porque de algún modo, formaban parte del paisaje tanto como el oleaje en el rompiente o el faro entre las rocas. ‘Toda esa mierda del *homo homini lupus*, ¡a mí me encanta, joder! Devorar, devorar, hasta que no quede nada a mi alrededor, hasta que yo mismo me consuma de tanta hambre que tengo por sobrevivir, respirar fuerte, pisar duro la primera línea’.

Como decía el protagonista de 'Heroin chic', encuentro que hay belleza en cualquier parte. No termino de entender el concepto 'imperfecciones físicas'. Implica que hay perfecciones, y yo todavía no he sabido de la existencia de estas últimas.

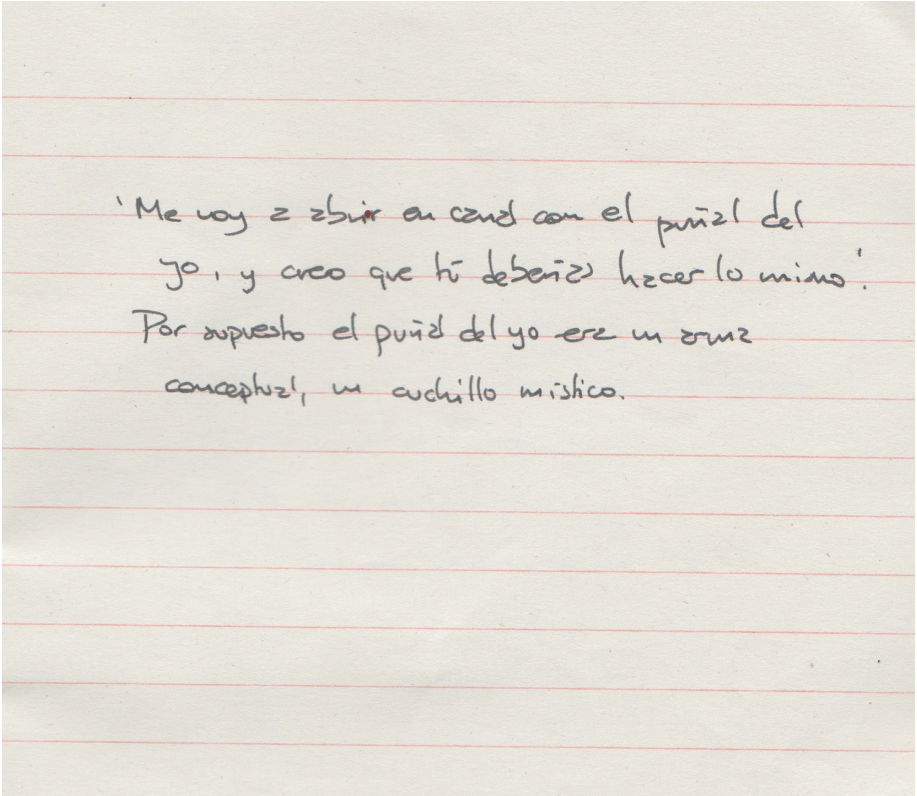
Downtown

Si algo le excitaba de veras era ese olor precoital que se extendía por la habitación, una mezcla de sudores, alientos y genitales expectantes; allí estaban con sus cuerpos perfectamente humanos, casi podías verlos envejecer, y envejecer era una capacidad fabulosa porque indicaba que aún no estaban en una caja de pino o repartidos atomizados como cenizas volando en un lugar de esos al que en realidad nunca tuviste demasiada estima ni frecuentaste más que algún domingo; ver su cuerpo le hacía bombear mucha sangre porque todavía podía envejecer -eso era-, le resultaría francamente antierótico un vacío donde antes estaban sus surcos junto a los ojos, su piel marcada, sus variaciones en el volumen de unos pechos en los que se transportaba a un paréntesis del que de poder escoger, no saldría.

'Es la primera vez que hago una paja, bueno, hasta el final, quiero decir. Siempre ha sido un previo'. Lo decía con una sonrisa imperfecta, con unas piernas que habían ganado peso, en una habitación común, en un instante perecedero.

No podía estar ocurriendo nada mejor en ninguna parte.

Es curiosa la manera en que acuden a ti ciertas ideas de otros en el momento más oportuno. Llevaba escrito un párrafo de este relato cuando una amiga pintora compartió conmigo este fragmento de un libro que leía y que le había parecido que guardaba relación con 'Monster Paradise'. Le estoy muy agradecido por esta acción providencial.


'Me voy a abrir un canal con el puñal del yo, y creo que tú deberías hacer lo mismo'. Por supuesto el puñal del yo era un arma conceptual, un cuchillo místico.

Destruction of the Father

'Me voy a abrir en canal con el *puñal del yo*, y creo que tú deberías hacer lo mismo'. Por supuesto, el puñal del yo era un arma conceptual, un cuchillo místico para extirpar el ego; o era una idea inalcanzable y por tanto mejor coger algo más letal, como un cigarro o un vaso de vino barato, o incluso seguir con aquella discusión sobre puntos de vista e identidades que prometía una agonía peor que la de aquel lagarto atropellado que la hizo llorar. Le vino a la cabeza una cita de Louise Bourgeois que le mostraba el día anterior una pintora exiliada en un proceso de depuración del *él*.

'No soy una experta, aunque sí sé lo que es el miedo, los actos que provoca en nosotros. Qué es lo que hacemos frente al miedo. ¿Acaso escapamos? [...] Las personas inmaduras creen conquistarlo -el miedo- *enamorándose,* y *aunque piensen que lo han hecho desaparecer en el fondo no lo han vencido. [...] De modo que vamos saltando de un enamoramiento pasajero a otro,* y *así evitamos el miedo; sentimos que hemos conquistado algo, cuando en realidad no hemos ganado nada nuevo. Y así pasan los años, sin llegar a experimentar el amor. [...] Sólo podemos expresarnos mediante una enorme ira cuando por fin sentimos esta pérdida. De esto es de lo que trata The Destruction of the Father'.*

La comunicación moderna propiciaba silencios abrumadores que por otra parte, otorgaban un nuevo espacio de reflexión nunca antes visto: el intervalo asfixiante del hablar *en tiempo real*.

De algún modo no había otro final posible para esta época y este fanzine que 'All in'. El relato es una declaración de intenciones fruto de todo tipo de análisis sobre mi situación personal. La providencia me ha colocado donde hoy estoy. La cuestión era, ¿arriesgar y poder salir magullado, o retirarse por mero instinto de conservación?

Mi decisión, en la siguiente página.

All in

‘Pocas cosas me molestan tanto como que me exijan que sea realista. *Sé realista* no es un buen consejo, la realidad está ya ahí, no hay por qué alimentarla más, convertirla en un tótem; prefiero ser eso que llaman un ingenuo si así quieren definirlo, creer en lo improbable, apostar contra todos con la peor jugada. Soy un jodido hombre de fe’. Se le estaba escapando entre los dedos su integridad emocional y sin embargo parecía muy seguro de lo que tenía que hacer. Antes derrotado que retirado a tiempo.

‘¿Sabes? Creo que lo de la *retirada a tiempo* es de todo menos una victoria. Empantanarse no tiene nada de malo; adentrarse en territorio hostil hasta tener las piernas hundidas en el fango, acabar a gatas con todo el cuerpo dolorido y magullado a causa del esfuerzo necesario para salir de allí es algo muy poético. Pero sobre todo, nadie te podrá decir nunca que fuiste un cobarde. El arte de estrellarse, la ciencia del morir exhausto. Atarte una bandana en la frente con el sol naciente, apuntar bien, gritar *banzai*. Protegerte en exceso te vuelve débil. Nos convertimos en héroes cuando nos acribillan a balazos muy lejos de casa, justo cuando dejamos de sobrevivir. En el momento posterior a perder.

Perder. ¿Entiendes?’.

Dom significa hogar.

PROVIDENCE